ALEJANDRO DE HUMBOLDT

VISTAS DE LAS CORDILLERAS Y MONUMENTOS DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE AMÉRICA

Traducción de
Gloria Luna Rodrigo
y Aurelio Rodríguez Castro

Universidad Autónoma de Madrid
Marcial Pons Historia
2012

166 Humboldt.indb 5 14/08/12 13:43

ÍNDICE

Pág.

NOTA PRELIMINAR, *por Nicolás Ortega Cantero* 11

INTRODUCCIÓN 17

VISTAS PINTORESCAS DE LAS CORDILLERAS Y MONUMENTOS DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE AMÉRICA ... 31

Láminas I y II. Busto de una sacerdotisa azteca 34
Lámina III. Vista de la Plaza Mayor de México..... 37
Lámina IV. Puentes naturales de Icononzo..... 39
Lámina V. Paso de Quindío, en la cordillera de los Andes..... 42
Lámina VI. Salto del Tequendama 48
Lámina VII. Pirámide de Cholula 52
Lámina VIII. Masa desprendida de la pirámide de Cholula 62
Lámina IX. Monumento de Xochicalco 64
Lámina X. Volcán Cotopaxi 67
Lámina XI. Relieve mexicano encontrado en Oaxaca..... 72
Lámina XII. Genealogía de los príncipes de Azcapotzalco..... 76
Lámina XIII. Manuscrito jeroglífico azteca conservado en la biblioteca del Vaticano 81
Lámina XIV. Atavíos dibujados por pintores mexicanos de la época de Moctezuma 107
Lámina XV. Jeroglíficos aztecas del manuscrito de Velletri 109
Lámina XVI. Vista del Chimborazo y del Carihuairazo..... 120
Lámina XVII. Monumento peruano del Cañar 125
Lámina XVIII. Roca de Inti Huaico 128
Lámina XIX. Inga Chungana, cerca del Cañar..... 130
Lámina XX. Interior de la casa del Inca en el Cañar..... 131
Lámina XXI. Bajorrelieve azteca encontrado en la Plaza Mayor de México 134

Pág.

Lámina XXII. Rocas basálticas y cascada de Regla 138
Lámina XXIII. Relieve de basalto que representa el calendario mexicano 141
Lámina XXIV. Casa del Inca en el Callo, en el reino de Quito 204
Lámina XXV. El Chimborazo, visto desde la meseta de Tapia 209
Lámina XXVI. Eras de la Naturaleza según la Mitología azteca . 211
Lámina XXVII. Pintura jeroglífica extraída del manuscrito borgiano de Velletri, y símbolos de los días del almanaque mexicano..... 219
Lámina XXVIII. Hacha azteca..... 221
Lámina XXIX. Ídolo azteca de pórfido basáltico, encontrado bajo el empedrado de la Plaza Mayor de México 222
Lámina XXX. Cascada del Río Vinagre, cerca del volcán de Puracé..... 227
Lámina XXXI. Despacho de cartas de la provincia de Jaén de Bracamoros..... 228
Lámina XXXII. Historia jeroglífica de los aztecas, desde el diluvio hasta la fundación de la ciudad de México..... 229
Lámina XXXIII. Puente de cuerdas cerca de Pénipé 236
Lámina XXXIV. Cofre de Perote..... 237
Lámina XXXV. Montaña de Iliniza..... 238
Lámina XXXVI. Fragmentos de pinturas jeroglíficas aztecas, depositadas en la biblioteca real de Berlín 239
Lámina XXXVII. Pinturas jeroglíficas del Museo Borgia en Velletri..... 240
Lámina XXXVIII. Migración de los pueblos aztecas, pintura jeroglífica depositada en la biblioteca real de Berlín..... 241
Lámina XXXIX. Jarrones de granito encontrados en la costa de Honduras..... 242
Lámina XL. Ídolo azteca de basalto encontrado en el valle de México..... 243
Lámina XLI. Volcanes de aire de Turbaco..... 243
Lámina XLII. Volcán Cayambe..... 245
Lámina XLIII. Volcán Jorullo 246
Lámina XLIV. Calendario de los indios muiscas, antiguos habitantes de la meseta de Bogotá 247
Lámina XLV. Fragmento de un manuscrito jeroglífico conservado en la biblioteca real de Dresde..... 266
Láminas XLVI, XLVII y XLVIII. Pinturas jeroglíficas extraídas de un manuscrito mexicano conservado en la biblioteca imperial de Viena, números 1, 2 y 3 268
Láminas XLIX y L. Ruinas de Miguitlan o Mitla, en la provincia de Oaxaca; plano y alzada..... 270
Lámina LI. Vista del Corazón 272
Láminas LII y LIII. Atavío de los indios de Michoacán..... 274
Lámina LIV. Vista del interior del cráter del pico de Tenerife..... 274

Pág.

SUPLEMENTO

Láminas LV y LVI. Fragmentos de los jeroglíficos extraídos del Códice Telleriano-Remensis 277
Lámina LVII. Fragmento de un calendario cristiano extraído de los manuscritos aztecas conservados en la biblioteca real de Berlín 280
Láminas LVIII y LIX. Pinturas jeroglíficas del Códice de Mendoza 281
Lámina LX. Fragmentos de las pinturas aztecas, extraídos de un manuscrito conservado en la biblioteca del Vaticano 287
Lámina LXI. Volcán de Pichincha 287
Lámina LXII. Plano de una casa fortificada del Inca, situada sobre la cordillera de Azuay. Ruinas de una parte de la antigua ciudad peruana de Chulucanas 288
Lámina LXIII. Balsa sobre el río Guayaquil 291
Lámina LXIV. Cima de la montaña de los Órganos de Actopan . 291
Lámina LXV. Montañas de pórfido en columnas del Jacal 291
Lámina LXVI. Cabeza grabada en piedra dura por los indios muyscas. Brazalete de obsidiana 292
Lámina LXVII. Vista del lago de Guatavita 292
Lámina LXVIII. Vista de la Silla de Caracas 293
Lámina LXIX. El drago de la Orotava 293

CARTA DEL SEÑOR VISCONTI, MIEMBRO DEL INSTITUTO DE FRANCIA, AL SEÑOR HUMBOLDT, SOBRE ALGUNOS MONUMENTOS DE LOS PUEBLOS AMERICANOS 295

NOTAS 301

REFERENCIAS 323

RELACIÓN DE ILUSTRACIONES 337

ÍNDICE DE AUTORES Y OBRAS CITADOS EN ESTE VOLUMEN 341

ÍNDICE ALFABÉTICO DE MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN 347

INTRODUCCIÓN

He reunido en esta obra todo lo relacionado con el origen y los primeros pasos en el progreso de las artes de los pueblos indígenas de América. Los dos tercios de las láminas que contiene ofrecen vestigios de arquitectura y de escultura, cuadros históricos, jeroglíficos relativos a la división del tiempo y al calendario. A la representación de los monumentos que atañen al estudio filosófico de la humanidad, se adjuntan las vistas pintorescas de diferentes lugares, los más notables del nuevo continente. Las razones que subyacen a esta mezcla se enuncian entre las consideraciones generales que encabezan este ensayo.

La descripción de cada lámina constituye, en la medida que lo permite la naturaleza del tema, una memoria diferenciada. He otorgado un mayor desarrollo a las que pueden arrojar alguna luz sobre las analogías que se observan entre los habitantes de los dos hemisferios. Sorprende encontrar, hacia el final del siglo XV, en un mundo que llamamos nuevo, esas instituciones antiguas, esas ideas religiosas, esas formas en la edificación que parecen remontarse, en Asia, a los albores de la civilización. Esto es así tanto en lo que concierne a los rasgos característicos de las naciones, como a la estructura interna de la vegetación que se asienta sobre la superficie del globo. Por doquier se manifiesta el sello de un arquetipo, a pesar de las diferencias que produce la naturaleza del clima, la del suelo y el concierto de varias causas accidentales.

Cuando comenzó la conquista de América, la atención de Europa se centró especialmente en las gigantescas construcciones de Cuzco, las grandes rutas que atravesaban las cordilleras, las pirámides escalonadas, el culto y la escritura simbólica de los mexicanos. El entorno

de Port Jackson, en Nueva Holanda, y la isla de Tahití no han sido más a menudo descritos hoy día que lo fueran entonces varios lugares de México y Perú. Es preciso haber visitado esos lugares para apreciar la ingenuidad, el color local auténtico que preside los relatos de los primeros viajeros españoles. Al estudiar sus obras, se lamenta uno de que no vayan acompañados de imágenes que nos transmitan una idea exacta de tantos monumentos destruidos por el fanatismo o convertidos en ruinas por efecto de una culpable indiferencia.

El ardor empleado en las investigaciones sobre América disminuyó a partir del comienzo del siglo XVII; las colonias españolas, que incluyen las únicas regiones habitadas de antaño por pueblos civilizados, se mantuvieron cerradas a naciones extranjeras; y, recientemente, cuando el padre Clavijero publicó en Italia su *Historia Antigua de México,* hechos contrastados por una multitud de testigos oculares, a menudo enemistados entre sí, se tuvieron por muy dudosos. Escritores célebres, más impresionados por los contrastes que por la armonía de la naturaleza, se han complacido en describir América entera como un país pantanoso, inhóspito para la multiplicación de los animales, y habitado de nuevo por hordas tan poco civilizadas como los habitantes de los mares del Sur. En la investigación histórica sobre los americanos, un escepticismo total sustituyó a la crítica sana. Se confundían las ampulosas descripciones de Solís y de otros escritores que no habían abandonado Europa, con los testimonios sencillos y veraces de los primeros viajeros; parecía deber de filósofo, negar todo lo que hubiera sido observado por misioneros.

Desde el final del siglo pasado, se ha operado una feliz revolución en la forma de contemplar la civilización de los pueblos y las causas que pudieran frenar o favorecer sus progresos. Hemos aprendido a conocer pueblos cuyas costumbres, instituciones y artes difieren casi tanto de las de los griegos y romanos, como las formas primitivas de animales extintos difieren de las formas de las especies que son el objeto de estudio de la historia natural descriptiva. La sociedad de Calcuta ha arrojado mucha luz sobre la historia de los pueblos de Asia. Los monumentos de Egipto, descritos actualmente con admirable exactitud, han sido comparados con los monumentos de los países más lejanos, y mis investigaciones sobre los pueblos indígenas de América aparecen en un momento en el que ya no se considera indigno de atención aquello que se aleje del estilo del que los griegos nos han legado modelos inimitables.

Habría sido útil ordenar los materiales que contiene esta obra siguiendo un orden geográfico, pero la dificultad de compilar y terminar al mismo tiempo un gran número de láminas grabadas

en Italia, Alemania y Francia me ha impedido seguir este método. El defecto en el orden, compensado, hasta cierto punto, por la virtud de la variedad, es, por otro lado, menos censurable en las descripciones de un atlas pintoresco que en una argumentación lógica. Intentaré poner algún remedio mediante un cuadro en el que se clasifican las láminas con arreglo a la naturaleza de los objetos que representan:

I. Monumentos

A. *Mexicanos*

Busto de sacerdotisa, láminas I y II, pp. 34-37.
Pirámide de Cholula, lámina VII, pp. 52-62.
Fuerte de Xochicalco, lámina IX, pp. 64-67.
Bajorrelieve que representa el triunfo de un guerrero, lámina XI, pp. 72-76.
Calendario y jeroglíficos de los días, lámina XXIII, pp. 141-204.
Jarrones, lámina XXXIX, pp. 242-243.
Bajorrelieve esculpido en torno a una piedra cilíndrica, lámina XXI, pp. 134-138.
Hacha recargada con caracteres, lámina XXVIII, p. 221.
Casa sepulcro de Mitla, láminas XLIX y L, pp. 270-272.
Jeroglíficos pintados. Manuscritos:
Del Vaticano, láminas XIII, XIV, XXVI y LX, pp. 81-107, 107-109, 211-219 y 287.
De Velletri, láminas XV, XXVII y XXXVII, pp. 109-120, 219-221 y 240-241.
De Viena, láminas XLVI, XLVII y XLVIII, pp. 268-269.
De Dresde, lámina XLV, pp. 266-267.
De Berlín, láminas XII, XXXVI y LVII, pp. 76-80, 239 y 280-281.
De París, láminas LV y LVI, pp. 277-280.
De Mendoza, láminas LVIII y LIX, pp. 281-287.
De Gemelli, lámina XXXII, pp. 229-235.

B. *Peruanos*

Casa del Inca en Cañar, láminas XVII, XX y LXII, pp. 125-128, 131-134 y 288-290.
Inga-Chungana, lámina XIX, pp. 130-131.
Ruinas del Callo, lámina XXIV, pp. 204-208.
Inti Huaico, lámina XVIII, pp. 128-129.

C. *Muyscas*

Calendario, lámina XLIV, pp. 247-266.
Cabezas esculpidas, lámina LXVI, p. 292.

II. Lugares

A. *Meseta de México*

Plaza Mayor de México, lámina III, pp. 37-38.
Basaltos de Regla, lámina XXII, pp. 138-140.
Cofre de Perote, lámina XXXIV, pp. 237-238.
Volcán Jorullo, lámina XLIII, pp. 246-247.
Pórfidos en columna del Jacal, lámina LXV, pp. 291-292.
Órganos de Actopan, lámina LXIV, p. 291.

B. *Montañas de América meridional*

Silla de Caracas, lámina LXVIII, p. 293.
Volcanes de aire de Turbaco, lámina XLI, pp. 243-245.
Salto de Tequendama, lámina VI, pp. 48-52.
Lago de Guatavita, lámina LXVII, pp. 292-293.
Puente natural de Icononzo, lámina IV, pp. 39-42.
Paso de Quindío, lámina V, pp. 42-48.
Cascada del río Vinagre, lámina XXX, pp. 227-228.
Chimborazo, láminas XVI y XXV, pp. 120-125 y 209-211.
Volcán Cotopaxi, lámina X, pp. 67-72.
Cimas piramidales de Ilniza, lámina XXXV, pp. 238-239.
Nevado del Corazón, lámina LI, pp. 272-273.
Nevado de Cayambe, lámina XLII, pp. 245-246.
Volcán de Pichincha, lámina LXI, p. 287.
Puente de cuerdas de Penipe, lámina XXXIII, pp. 236-237.
Puesto de Jaén de Bracamoros, lámina XXXI, pp. 228-229.
Balsa de Guayaquil, lámina LXIII, p. 291.

He intentado conferir la mayor exactitud a la representación de los objetos que ofrecen estos grabados. Aquellos que cultivan la parte práctica de las artes saben lo difícil que es supervisar el gran número de láminas que componen un atlas pintoresco. El que algunas sean menos perfectas que los expertos desearían no debe atribuirse al trabajo de los artistas encargados, en mi presencia, de la ejecución de mi obra, sino a los esbozos que he realizado en lugares y circunstancias a menudo penosas. Algunos paisajes se han coloreado, porque, en este tipo de grabados, las nieves destacan mucho más sobre el cielo, y porque la imitación de las pinturas mexicanas

hizo indispensable la mezcla de láminas coloreadas y láminas tiradas en negro. Comprobamos lo difícil que es dar a las primeras ese vigor en el tono que admiramos en las *Scènes Orientales* del señor Daniel.

Me propuse, en la descripción de los monumentos de América, mantenerme en un justo medio entre las dos vías seguidas por los estudiosos que han investigado sobre los vestigios, las lenguas y las tradiciones de los pueblos. Algunos, comprometidos con hipótesis brillantes pero fundadas sobre bases poco sólidas, han extraído resultados generales de un número reducido de hechos aislados. Han creído ver en América colonias chinas y egipcias; han reconocido allí dialectos celtas y el alfabeto de los fenicios. Mientras que ignoramos si los oscos, los godos o los celtas son pueblos llegados de Asia, se ha opinado ya sobre el origen de todas las hordas del nuevo continente. Otros sabios han acumulado materiales sin conseguir acertar con alguna idea general, método estéril, tanto en el estudio de la historia de los pueblos como en las diferentes ramas de las ciencias físicas. ¡Qué feliz sería si hubiera soslayado los excesos que acabo de nombrar! Un pequeño número de naciones, muy alejadas entre sí, los etruscos, los egipcios, los tibetanos y los aztecas, ofrecen sorprendentes analogías en sus edificaciones, sus instituciones religiosas, sus sistemas de división del tiempo, sus ciclos de regeneración y sus ideas místicas. Es deber del historiador indicar estas analogías, tan difíciles de explicar como los vínculos que existen entre el sánscrito, el persa, el griego y las lenguas de origen germánico; pero, aunque intentemos generalizar las ideas, es necesario saber detenerse ahí donde faltan los datos exactos. Éstos son los principios que rigen mi exposición de las conclusiones a las que parecen conducir los conocimientos que he adquirido hasta hoy sobre los pueblos indígenas del Nuevo Mundo.

El examen atento de la estructura geológica de América, la reflexión sobre el equilibrio de los fluidos que discurren sobre la superficie de la tierra, nos impide admitir que el nuevo continente haya surgido de las aguas más tarde que el viejo. Observamos allí la misma sucesión de estratos rocosos que en nuestro hemisferio, y es probable que, en las montañas del Perú, los granitos, los esquistos micáceos o las diversas formaciones de yeso y de arenisca hayan aparecido en la misma época que las rocas análogas de los Alpes suizos. El globo entero parece haber sufrido las mismas catástrofes. A altitudes superiores a la del Mont Blanc, se encuentran suspendidas, sobre la cresta de los Andes, conchas pelágicas petrificadas. Osamentas fósiles de elefantes abundan por las regiones equinocciales y, hecho notorio, no se encuentran al pie de las palmeras en las ardien-

tes llanuras del Orinoco, antes bien, están sobre los páramos más fríos y más elevados de las cordilleras. En el Nuevo Mundo, como en el Antiguo, generaciones de especies extintas han precedido a las que pueblan hoy la tierra, las aguas y los aires.

Nada prueba que la existencia del hombre sea mucho más reciente en América que en los otros continentes. En los trópicos, la fuerza de la vegetación, la amplitud de los ríos y las inundaciones locales han supuesto poderosas trabas a las migraciones de los pueblos. Vastas extensiones del Asia boreal están tan débilmente pobladas como las sabanas de Nuevo México y de Paraguay, y no es necesario suponer que los parajes habitados con más antigüedad sean los más densamente poblados.

El dilema del poblamiento primigenio de América incumbe tanto a la historia, como los problemas acerca del origen de las plantas y de los animales y acerca de la distribución de los gérmenes orgánicos incumben a las ciencias naturales. Remontándose a las épocas más remotas, la historia nos muestra a casi todas las regiones del globo ocupadas por hombres que se creen aborígenes porque ignoran su filiación. Entre la multitud de pueblos que se han sucedido y mezclado unos con otros, es imposible reconocer con exactitud la primera fuente de población, ese nivel primitivo más allá del cual empieza el dominio de las tradiciones cosmogónicas.

Las naciones de América, exceptuando aquellas cercanas al círculo polar, constituyen una única raza que se caracteriza por la conformación del cráneo, por el color de la piel, por lo ralo de la barba y por el pelo pegado y liso. La raza americana está relacionada muy claramente con la de los pueblos mongoles, que incluye a los descendientes de los Hiong-un, conocidos antaño bajo el nombre de hunos, de los kalkas, los kalmuks y los buriata. Observaciones recientes han probado incluso que no sólo los habitantes de Unalaska, sino también varias tribus de América meridional, indican, en virtud de las características osteológicas de la cabeza, la existencia de una transición de la raza americana a la raza mongola. Cuando hayamos estudiado mejor a los hombres oscuros del África y ese enjambre de pueblos que habitan en el interior y el noreste de Asia, y que viajeros sistemáticos designan vagamente con el nombre de tártaros y chud[I], las razas caucásica,

---

[I] Este pueblo se situaría en alguna zona poco definida, en el entorno de los Urales o de Finlandia *(N. del T.).*

mongol, americana, malaya y negra parecerán menos estancas, y reconoceremos, en esta gran familia del género humano, un único tipo orgánico modificado por circunstancias que quizá permanezcan desconocidas para nosotros por siempre.

Aunque los pueblos indígenas del nuevo continente estén unidos por íntimos lazos, muestran, sin embargo, en sus rasgos de expresión, en su tez más o menos curtida, en su talla, diferencias tan marcadas como las que muestran los árabes, los persas y los eslavos entre sí, perteneciendo todos a la raza caucásica. Las hordas que recorren las ardientes llanuras de las regiones equinocciales no tienen, sin embargo, la piel de un color más oscuro que los pueblos de la montaña o los habitantes de las latitudes templadas, ya sea porque en la especie humana, y entre la mayoría de los animales, haya un momento de la vida orgánica más allá del cual la influencia del clima y del alimento sea casi nula, ya sea porque la desviación con respecto al tipo primitivo no se manifieste hasta pasados muchos siglos. Por otro lado, todo contribuye a probar que los americanos, como los pueblos de raza mongola, presentan una menor flexibilidad para organizarse que otras naciones de Asia y de Europa.

La raza americana, la menos numerosa de todas, ocupa, no obstante, el mayor espacio en el globo. Se extiende por los dos hemisferios, desde los 68º de latitud norte, hasta los 55º de latitud sur. Es la única de todas las razas que haya fijado su morada tanto en las llanuras ardientes cercanas al océano, como en el dorso de las montañas, sobre las que se encarama a alturas que exceden en 200 toesas [II] la del Pico de Tenerife.

El número de lenguas que distingue a las diferentes tribus indígenas se nos antoja en el nuevo continente aún mayor que en África, donde, según investigaciones recientes de los señores Seetzen y Vater, hay más de 140. Según esta información, América entera se parece al Cáucaso, a la Italia de antes de la conquista de los romanos o al Asia menor cuando acogía, en un espacio pequeño, a los cilicios de raza semítica, los frigios de origen tracio, los lidios y los celtas. La constitución del suelo, la fuerza de la vegetación y el temor que experimentan los pueblos de montaña a exponerse a los calores del llano dificultan las comunicaciones, contribuyendo así a la sorprendente variedad de las lenguas americanas [...]

[II] Antigua medida francesa de longitud, equivalente a 1,946 metros *(N. del T.).*